

ÍCARO



ALBERTO VÁZQUEZ-FIGUEROA

PRIMERA PARTE

Una bandada de ibis rojos alzó el vuelo. Eran como parpadeantes llamas que se deslizaran sobre el verde manto de la selva.

Se dirigían al norte.

Del este llegaban cansinas garzas blancas y en un momento dado se cruzaron.

Los ibis rojos a media altura, y las garzas blancas casi rozando con sus largas patas las copas de los árboles.

Verde, rojo, blanco, y aquí y allá el amarillo o el violeta de abiertas orquídeas conformaban un multicolor mosaico bajo el azul añil de un cielo por el que no se deslizaba a aquellas horas ni la más minúscula nube.

Ni la sombra de un halcón. Ni una águila.

Ni siquiera un negro zamuro. Paz.

Paz sobre los cielos de la selva y sobre la superficie de las aguas del ancho río que serpenteaba sin otra preocupación que lanzar destellos plateados a las garzas y los ibis que lo sobrevolaban en aquellos instantes.

Luz, calma y color a cien metros de altura.

Pero más abajo, en cuanto las anchas hojas de los árboles tamizaban la luz del violento sol de las alturas, y cada rayo tenía que luchar abriéndose paso en un vano intento por alcanzar la tierra, la moneda comenzaba a girar sobre sí misma, puesto que esa luz se convertía metro a metro en penumbra, el color en matices de un gris opaco y denso, y la calma no era más que el disfraz tras el que trataban de ocultarse la muerte y la violencia.

El marrón oscuro, entremezclado de hojas putrefactas y restos de frutos que conformaban la pasta fangosa en que el

transcurso del tiempo y las infinitas lluvias habían convertido los suelos de la jungla, se vistió de gala con el silencioso paso de una ponzoñosa coral de brillantes anillos rojos y negros que desapareció al instante en la húmeda cavidad de un tronco muerto hacía ya muchos años.

Un tucán espía girando apenas la cabeza.

Un mono aullador de rojiza barba se agitaba inquieto en una rama.

Un perezoso decidió avanzar unos milímetros sus fuertes garras con la intención de aferrarse a una rama y continuar su paciente ascensión hacia la lejana copa de un araguaney.

Llegaron las nubes. Y con ellas la lluvia.

Y con ellas la eterna canción de la foresta, el incansable «tam-tam» de millones de gruesas gotas de agua que golpeaban contra una ancha hoja, se deslizaban por ella, caían al vacío, golpeaban contra otra hoja, se deslizaban por ella y volvían a precipitarse una vez más al vacío, y así a lo largo de cincuenta o sesenta metros en los que su camino hacia el fangoso suelo podía verse interrumpido en infinidad de ocasiones.

Cada pequeño golpe hubiera sido apenas perceptible, pero la orquesta en pleno, la mayor de las orquestas conocidas ensordecía a las bestias.

Luego un trueno lejano.

Y el chasquido de un rayo.

Y el crujir de un gigante que había tardado un siglo en alcanzar el cielo y ahora ese cielo lo abatía en décimas de segundo.

Agua.

Y agua.

Y más agua.

En el río.

Y en el fango.

Y en el aire.

Agua en la piel, y en la carne, y en los huesos.

Chapotear de pies descalzos en los charcos, ruido de ramas al quebrarse, aleteo de cotorras alarmadas, y al fin un hombre jadeante y empapado hizo su aparición tras un grueso samán, lanzó un apagado reniego y suspiró todo lo profundamente que dieron de sí sus pulmones.

Flaco, casi esquelético, con los ojos enrojecidos, oscuras ojeras y las piernas plagadas de llagas supurantes, semejaba un cadáver cubierto de jirones, y la primera impresión que ofrecía al verle era la de que había llegado hasta allí para dejarse caer de bruces y morir en lo más intrincado de la floresta.

Pero no se derrumbó.

Se limitó a recostar la espalda en el samán y alzar los ojos buscando orientarse allí donde todo sentido de la orientación se perdía de inmediato.

Cada árbol era siempre idéntico a otro árbol. Cada rama a mil ramas.

Cada hoja a un millón de millones de hojas.

Cada rayo de luz imitaba al anterior, y este al siguiente. La monotonía de la selva superaba con mucho a la del desierto y con frecuencia a la del mar.

La monotonía de la selva desconcertaba y enloquecía.

La monotonía de la selva se cobraba más vidas que las serpientes, arañas o jaguares.

Pero aquel hombre; aquella sombra de hombre; aquel triste despojo de lo que debió de ser mucho tiempo atrás un hombre, estudiaba su entorno con la tranquila parsimonia que únicamente proporcionan los años de experiencia, y al fin alzó el brazo armado de un largo machete cuya ancha hoja había quedado ya reducida al mínimo de tanto y tanto ser afilada, para grabar una ancha muesca a la altura de su cabeza.

Continuó su marcha.

Sin ansiedad y sin prisas, con el aburrido paso de quien ha dado ya infinidad de pasos semejantes, y su perseverancia alcanzó al fin su premio, puesto que media hora más tarde la

espesura se abrió ante él como el lujoso telón de un gigantesco teatro para permitirle asistir al más fabuloso espectáculo que hubiese visto jamás hombre blanco alguno.

Boquiabierto, tomó asiento en una gruesa rama, se pasó una y otra vez la mano por la reluciente calva, parpadeó incrédulo, murmuró algo muy por lo bajo, y permaneció casi una hora como hipnotizado, incapaz de aceptar que no estaba soñando.

Y es que lo que estaba contemplando superaba a decir verdad el más loco de los sueños.

—¡Era verdad! —musitó al fin casi entre dientes—. Era verdad. El Río Padre de todos los Ríos nace del cielo.

A los pocos instantes se puso en pie y regresó sobre sus pasos.

Pero ahora sí que parecía tener prisa, puesto que las sombras de la selva ganaban en intensidad reclamando la urgente presencia de la noche.

Los últimos metros recorrió a trompicones, cayendo y levantándose, resoplando y maldiciendo, pero ya casi en tinieblas alcanzó la ribera de un riachuelo y se dejó caer junto a una desvencijada piragua de madera de chonta desde cuya proa otro hombre de aspecto cadavérico inquirió con un hilo de voz que parecía surgir de ultratumba:

—¿Qué te ocurre? Se diría que acabas de ver al mismísimo demonio.

El calvo, al que se le advertía extenuado, tardó unos instantes en recuperar el aliento, y por último replicó roncamente:

—Al mismísimo demonio no, pero sí al mismísimo Río Padre de todos los Ríos.

Su debilitado interlocutor le dirigió una larga mirada y pareció comprender que hablaba en serio.

—Luego también era cierta esa leyenda.

El recién llegado asintió con un levísimo ademán de la cabeza:

—Nace del mismísimo cielo y es sin lugar a dudas lo más hermoso que jamás haya visto.

A continuación cerró los ojos y se quedó profundamente dormido.

John McCracken ni se movió siquiera.

Se encontraba demasiado débil como para intentar abandonar la embarcación, por lo que se limitó a contemplar el desmadejado cuerpo de su amigo, consciente de que cuando, como en aquella ocasión, le vencía el agotamiento, nada ni nadie sería capaz de obligarle a salir de su sopor.

Eran muchos los años que llevaban juntos.

¡Demasiados!

¿Diez? ¿Doce? ¿Quince...?

Había perdido tiempo atrás la cuenta, aunque en realidad lo que había perdido era la noción del tiempo.

Y es que no tenía ni la más remota idea de en qué día, de qué mes, de qué año vivían.

Lo único que recordaba con certeza era que en el otoño de 1902 había desembarcado con All Williams en el tórrido y fangoso puerto de Guayaquil con la decidida intención de reencontrar el fabuloso tesoro de Rumiñahui, que según las viejas crónicas continuaba oculto en una inmensa cueva de la región de los Llanganates, en plena Amazonia ecuatoriana. A finales de 1700, dos marineros —escoceses como él— habían regresado a Londres cargados de diamantes y esmeraldas, y asegurando que lo que habían tenido que dejar en aquella lejana cueva no conseguirían transportarlo ni cien hombres.

Mes tras mes, año tras año, fracaso tras fracaso, aquella maldita selva de la serranía ecuatoriana, la más dura e inhóspita que existía sobre la faz de la tierra; aquella que tan solo monos, jaguares y murciélagos-vampiros se atrevían a poblar, los había ido consumiendo y doblegando hasta acabar por expulsarlos de su seno convertidos en un vago recuerdo de los

muchachos, fuertes, valientes, inconscientes y animosos que habían osado penetrar en ella repletos de ilusiones.

Tuvieron que contentarse con arrancar polvo de oro a las aguas del río Napo, rompiéndose las espaldas en un trabajo arduo y miserable con el exclusivo fin de ahorrar unas monedas con las que recomponer su equipo, adquirir nuevas armas y continuar su desesperante viaje río abajo, hasta alcanzar la confluencia del Napo con el imponente Amazonas.

Por el Amazonas descendieron hasta Manaos, antaño portentosa ciudad gracias a la fiebre del caucho, y seis meses después subieron por el río Negro hasta las ignotas serranías –siempre envueltas en brumas– del terrorífico Escudo Guayanés, una remota región de la que se aseguraba que «los hombres muy, pero que muy valientes» conseguían hacer fortuna con el oro y los diamantes.

¿Cuántos años habían pasado?

¿Cuántas fatigas, cuántas enfermedades, cuántas noches de insomnio y desesperación al comprender que estaban perdiendo lo mejor de su vida en pos de una absurda quimera?

¿Cuántos miles de kilómetros recorridos?

¿Cuánto calor y cuánta hambre?

¿Cuántas picaduras de insectos y cuántas infecciones?

Pero durante todo ese tiempo, iabominables tiempos!, cuánta amistad y cuánta fidelidad el uno al otro.

Ni un solo gesto desagradable; ni la más leve palabra de reproche; ni tan siquiera un pensamiento de rebeldía ante la evidencia de que era la tozudez del uno lo que alimentaba día tras día la tozudez del otro, a la espera de que al fin cualquiera de ellos exclamara:

–¡No puedo más!

Pero ¿cómo decirlo?

¿Cómo poner fin a un sueño tan largamente acariciado?

¿Cómo hacerse a la odiosa idea de regresar derrotados a una civilización a la que ya nada los unía?

Eran hombres de selva y de montaña; de soledad y largas vigilias en las que uno permanecía siempre despierto con el oído atento y el arma a punto mientras su compañero descansaba; de amistad tan sincera y tan profunda que en ningún otro lugar de este planeta podría alcanzar tal grado de intensidad como en aquellas salvajes tierras dejadas de la mano de Dios y de otros hombres.

El galés All Williams y el escocés John McCracken pertenecían a esa extraña raza de pioneros a mitad de camino entre desesperados buscadores de fortuna y románticos aventureros, para los que tanto valor tenía una gruesa pepita de oro o un fabuloso diamante como una inexplorada montaña o una ignota tribu de caníbales.

Su ambición iba por tanto más allá del simple enriquecimiento material, y lo que en verdad demostraban era una insaciable sed de nuevas emociones, de paisajes distintos y de conocimientos que estuvieran fuera del alcance de cualquier otro ser humano.

Pero ahora estaban cansados. Muy cansados.

Y enfermos. Muy enfermos.

La jungla acostumbra a cobrar un costoso tributo, y por fuerte que sea el cuerpo de un hombre y templado su espíritu, llega un momento en que el calor, la humedad, la fiebre y los mosquitos acaban por pasar factura quebrando el ánimo y agotando los músculos.

¡Y se encontraban tan lejos de casa...!

¿Qué casa, si jamás habían tenido casa?

¡En realidad se encontraban lejos de todo!

En aquel mismo instante, mientras protegía el sueño de su amigo, John McCracken intentaba una vez más hacerse una ligera idea de cuál podría ser el río a cuya orilla descansaban, y hacia qué lugar se dirigiría.

Fluía mansamente rumbo a poniente; lo cual quería decir hacia el interior del continente, y ello venía a significar que

andaba en procura de un cauce mayor; tal vez el gran Orinoco, o tal vez el mismísimo río Negro, al que creían haber dejado atrás hacía ya muchos meses.

En el perdido Escudo Guayanés todo se reducía siempre a meras suposiciones, puesto que nunca habían existido mapas, ni marcas, ni senderos, y por no existir ni tan siquiera parecían existir salvajes que pudieran aclarar de dónde venían ni hacia dónde se encaminaban las oscuras aguas.

«Acabo de ver al Río Padre de todos los Ríos», había asegurado All Williams antes de caer rendido, pero pese a que llevaran años oyendo hablar de un misterioso «río», nacido al parecer del mismísimo cielo, nadie había sabido aclararles en qué lugar se encontraba ni en qué lugar moría.

Lo mismo podían encontrarse en Brasil que en Venezuela, Colombia o cualquiera de Las Guayanas, puesto que tras tantos años de vagar sin rumbo ni tropezarse con un interlocutor mínimamente fiable habían acabado por perder el sentido –no de la orientación– pero sí de las distancias.

Mil millones de árboles. Diez mil millones de lianas.

Miríadas de arroyos, riachuelos, cascadas y torrenteras.
Un sinfín de pantanos.

Y soledad.

Esa era la jungla que se extendía desde las costas del Caribe a las márgenes del Río de la Plata, y desde las largas olas del Atlántico a las nevadas cumbres de los Andes.

¡Selva y soledad!

Idénticas palabras a decir verdad, pues no existiendo un lugar en la Tierra más densamente poblado por incontables especies –sobre todo de insectos en su mayor parte aún desconocidas– no existía tampoco un lugar más desolado para unos seres humanos llegados de la remota Gran Bretaña.

¡Selva y soledad, soledad y selva!

Siete mil kilómetros de largo por cinco mil de ancho, cuatro veces Europa: quizá treinta veces Escocia.

¿Quién sería capaz de calcularlo sin miedo a equivocarse?

Y a decir verdad, ¿de qué serviría calcularlo si no tenían ni la menor idea de qué era lo que les acechaba más allá del siguiente recodo de aquel río?

Cuando el hombre se enfrentaba a la inmensidad de tan prodigiosa naturaleza, solía actuar de dos formas contrapuestas: o se dejaba abatir, consciente de su absurda pequeñez, o se crecía, convirtiéndose en un coloso frente al que una ceiba de cincuenta metros no aparentaba ser más que un simple matojo.

All Williams y John McCracken habían pasado de uno a otro extremo de ese arco de emociones con excesiva frecuencia, aunque eran más las veces en que el coraje venció al abatimiento, y gracias a ello se encontraban ahora en aquel remoto rincón del macizo guayanés, tras haber recorrido casi seis mil kilómetros de la más densa y peligrosa de las junglas.

Pero ya las fuerzas flaqueaban.

Ya las fiebres y la disentería les habían minado hasta el alma.

Ya las amebas se habían instalado definitivamente en sus estómagos.

Ya las llagas de las piernas supuraban en exceso.

¡Pero nada de ello importaba en aquellos momentos! Contra todo pronóstico habían conseguido la victoria. La Gran Victoria.

Una sorprendente, difícil y casi increíble victoria tras un millón de derrotas.



Al amanecer, All Williams abrió los ojos y mostró apenas los amarillentos dientes tras su grisácea barba de meses.

—¿En marcha? —inquirió.

—¡En marcha!

El galés empujó al agua la curiara, saltó a popa, empuñó el canaleta y condujo la frágil embarcación tallada a fuego en un recto tronco de oscura madera de palma al centro justo de la corriente con el fin de impedir que una delgada flecha o una afilada lanza surgidas de improviso de la espesura pudieran sorprenderlos.

Fue entonces cuando, sin volverse a mirarle, su amigo le suplicó desde la proa:

–Háblame del Río Padre de todos los Ríos.

–Nace, como dicen, del cielo –fue su respuesta–. De más allá de oscuras nubes, y forma un grueso chorro que a mitad de camino se diluye en una suave llovizna que de nuevo se concentra a ras del suelo...

Guardó silencio.

John McCracken meditó sobre cuanto acababa de decirle, y al rato, visto que había enmudecido, insistió:

–¿Y qué más?

–No hay más. –El galés se encogió de hombros en una clara demostración de impotencia–. Caía la noche y tenía que volver –se justificó–. Se trata de un espectáculo ciertamente hermoso, pero es todo lo que vi. Lo que sí puedo asegurarte es que se precipita de más de dos mil pies de altura.

–Nadie va a creerte –sentenció el otro.

–¿Tú me crees?

–¡Desde luego!

–Pues con eso basta.

All Williams parecía haberse hecho de antiguo a la idea de que su mundo giraba en torno a aquel con quien llevaba tantísimos años compartiendo infinitas fatigas, y por lo tanto ninguna otra opinión contaba.

Como su amigo no dudaría ni por un instante de que su escueto relato se ajustaba a la más estricta realidad, lo que opinara el resto de la gente le tenía absolutamente sin cuidado.

La leyenda era cierta.

El Río Padre de todos los Ríos existía. Él lo había visto.

En lo que ya no tenía que creer era en la segunda parte de una leyenda que aseguraba que «aquel a quien le es otorgado el privilegio de ver el Río Padre morirá con la luna llena».

Eso no era, a su modo de ver, más que una estúpida superstición carente del más mínimo fundamento racional.

Existía también una tercera leyenda que aseguraba que Aucayma –la Montaña Sagrada en la que el oro y los diamantes celebraban sus bodas secretas– jamás se dejaría violar por ningún hombre blanco, y él la había violado.

John McCracken y él la habían visto, la habían violado, y habían hundido las manos en su oro y sus diamantes.

¡Aucayma!

¡Dios fuera loado!

¡Aucayma!

Cerró los ojos y evocó por enésima vez el mágico momento en que el primer rayo de luz de la mañana se filtró entre dos rocas para iluminar un perdido recodo del arroyuelo que pareció estallar como un silencioso castillo de fuegos de artificio.

Sin ese rayo sacando destellos del riachuelo a esa hora exacta hubiesen pasado de largo sin advertir que allí, justo bajo sus pies, la naturaleza había tenido el capricho de ir atesorando, a lo largo de millones de años, el dorado metal y las piedras translúcidas que el hombre había elegido como máximo exponente del lujo y la belleza.

Un estrecho pozo de boca casi triangular conformaba el nacimiento de una intrincada caverna cuya profundidad les resultó imposible calcular, pero en la que cabría imaginar que el más avaro de los dioses del Olimpo se había complacido en ir acumulando riquezas sin razón lógica que ameritase tan bárbaro derroche.

Una angosta chimenea abierta en la roca viva de la montaña por algún prehistórico cataclismo ocultaba tanto oro y

COLTAN



ALBERTO VÁZQUEZ-FIGUEROA

Houston, 2007

Catorce de los quince miembros del consejo de administración habían tomado asiento en torno a la gigantesca mesa de reuniones con el fin de escuchar lo que su severo presidente, que los había convocado con inusual y perentoria urgencia, tenía que comunicarles.

Peter Corkenham, un hombretón calvo y orondo, que lucía unas enormes gafas de concha y un eterno rictus de amargura en la boca, motivado probablemente por una dolorosa úlcera estomacal, masculló algo ininteligible entre dientes y a continuación se limitó a leer el comunicado que había recibido el día anterior y que rezaba así:

«A la vista de que el gobierno de los Estados Unidos piensa retirarse de Irak dejando tras de sí un rastro de muerte y destrucción que ha arrasado el país, hemos decidido que la empresa culpable de tan cruel y nefasto desastre –la Dall&Houston, de la que son ustedes principales dirigentes y accionistas–, reintegre los beneficios que ha obtenido de tan bárbara e injustificada agresión. Nos consta que no es posible resucitar a los muertos, pero sí lo es reponer en parte los daños causados, y por ello exigimos que devuelvan dichos beneficios que hemos calculado en torno a los cien mil millones de dólares.

De no aceptar nuestra justa demanda, cada dos semanas uno de ustedes será ejecutado, no importa lo que aleguen en su defensa, dónde se oculten o cómo intenten protegerse.

La mejor prueba de que hablamos en serio reside en el hecho de que el cadáver del único compañero del consejo de administración que en estos momentos falta a la cita, y cuyo sillón aparece vacío, Richard Marzan, se encuentra actualmente en el interior de una de las tinajas que adornan el jardín de su fastuosa mansión, a orillas del río.

Si deciden colaborar les enviaremos una lista de los hospitales, escuelas, edificios, puentes y carreteras que deberán comenzar a construir inmediatamente.

De no ser así, antes de que finalice el verano tan solo dos de ustedes habrán sobrevivido, pero será por muy breve espacio de tiempo.

El dinero sucio de sangre se limpia con sangre».

AARON AL RASHID

Peter Corkenham depositó con suma delicadeza el documento sobre la mesa, como si le quemara, y a continuación observó uno por uno a los presentes antes de comenzar a limpiarse las gafas y señalar en un tono de estudiada calma:

–Esta mañana han sacado el cadáver de Richard de una de las tinajas de su jardín; lo habían degollado ayer por la tarde...

–Pero ¿quién es ese tal Aarohum Al Rashid? –inquirió una voz anónima y a todas luces inquieta-. ¿Un nuevo Osama Bin Laden?

–No tengo ni la menor idea, pero evidentemente ha tomado el nombre del sultán protagonista de las historias de *Las mil y una noches* –admitió su presidente-. Debe de considerarse el héroe del cuento mientras nosotros hacemos el papel de los cuarenta ladrones.

–¡Qué estupidez!

–Supongo que a Richard no se le antojará una estupidez –fue la agria respuesta-. Ni a su mujer y sus hijos tampoco.

–¿Quieres decir con eso que nos enfrentamos a un auténtico asesino? –inquirió la misma voz.

–A las pruebas me remito.

–¿Un terrorista? –aventuró por su parte el californiano Bem Sandorf, que se sentaba casi frente a él en el otro extremo de la mesa.

El cada vez más malhumorado presidente de la Dall&Houston extendió las manos con las palmas hacia delante como si con ello pretendiera cortar el paso a la avalancha de preguntas de sus compañeros de mesa, y tras carraspear un par de veces, bebió muy despacio de un vaso de agua que tenía a su lado para acabar por puntualizar:

–Los terroristas suelen ser gente que pretende destruir, no construir, o sea que lo primero que tenemos que plantearnos es la posible filiación de quien pretende desorientarnos con una propuesta tan poco habitual. No nos está exigiendo dinero o que dejemos en libertad a sus compañeros de fechorías; nos está exigiendo que devolvamos cuanto hemos obtenido en Irak, y que con ello nos dediquemos a construir escuelas y hospitales, por lo que estaréis de acuerdo conmigo en que nadie se había enfrentado anteriormente a una situación tan insólita.

–No deja de ser una forma como otra cualquiera de chantaje –insistió Sandorf–. El fin no justifica los medios.

–No creo que este sea un lugar apropiado a la hora de pronunciar semejante frase –intervino con manifiesta acritud el neoyorquino Jeff Hamilton, que se sentaba a la derecha del presidente–. Todos sabemos que en torno a esta mesa se tomaron en su día las decisiones que desembocaron en una guerra a la que no se le ve salida. –Hizo una corta pausa para concluir, como si fuera algo que no admitía discusión–: O sea que procuremos evitar, al menos entre nosotros, cualquier asomo de hipocresía, ya que nos enfrentamos a la dolorosa evidencia de que en cierto modo se nos están pidiendo cuentas por lo que hicimos.

–¿Con qué derecho? –quiso saber Gus Callow.

–Más o menos con el que asistió a este consejo de administración en el momento de tomar tales decisiones –replicó en tono ácido Hamilton–. Es decir, ninguno.

–Sin embargo, yo creo que en nuestro caso...

–¡Basta! –cortó en seco Peter Corkenham en un tono de absoluta autoridad–. No pienso pasarme el día discutiendo los errores o aciertos del pasado. Jeff tiene razón, lo hecho, hecho está, y ahora tenemos que encarar un presente harto desagradable. –Giró la cabeza de un lado a otro observando de nuevo los rostros de los asistentes al tiempo que inquiría–: ¿Sugerencias?

–Aceptar –insinuó tímidamente el siempre apocado Judy Slander.

–Inaceptable, querido, no podemos pedirles a miles de accionistas que devuelvan sus fabulosos dividendos con el fin de salvar el pellejo de algunos de sus directivos. Nos enviarían al infierno y con razón. Yo no lo haría.

–Intentar negociar un acuerdo menos oneroso –intervino de nuevo Jeff Hamilton, en esta ocasión en un tono mucho más conciliador.

–¿En qué cifra estás pensando?

–En veinte mil millones...

–Inaceptable también –fue la firme respuesta– por nuestra parte, ya que necesitamos todo el capital disponible para una nueva operación de la que se hablará en su momento, y me atrevería a suponer que también por la de los terroristas, porque cuando alguien comienza una negociación cortando cuellos no parece muy dispuesto a negociar tan a la baja. ¿Me explico?

–Con absoluta claridad.

–¿Alguna otra idea?

–Averiguar quién es e intentar acabar con él antes de que acabe con nosotros.

–Brillante por lo estúpida, querido Judy –masculló despectivamente su presidente–. El cien por cien de los iraquíes, el setenta por ciento de los norteamericanos, y calculo que la mitad del resto de los ciudadanos del mundo, culpan a la Dall&Houston del inicio de esa guerra, y lo peor del caso es

que tienen razón. La estrategia a seguir se expuso aquí en su día con toda claridad, y que yo recuerde ni uno solo de vosotros se puso en pie indignado, la rechazó de plano o abandonó la sala dando alaridos.

–Eso es muy cierto.

–Aceptemos por tanto que la mayoría de la gente que está ahí fuera exija nuestras cabezas, o sea que cualquiera de ellos puede ser ese tal Al Rashid, que por muy ridículo que suene el nombrecito resulta evidente que matar, mata en serio. Buscarlo sería como buscar una aguja en mil millones de pajares.

–¿O sea que dentro de seis meses todos muertos? –puntualizó con evidente desánimo Jeff Hamilton.

–Eso me temo.

–¿Y de qué nos servirá entonces tanto dinero?

–¡Hermosa pregunta, vive Dios! –comentó Eladio Medrano, otro de los atribulados miembros del consejo de administración de la todopoderosa Dall&Houston.

–¿Para qué nos sirve lo mucho que hemos conseguido si no puede protegernos de un simple asesino?

–Tal vez para contratar a los Blackwater. Si el gobierno los ha estado utilizando en Irak supongo que podrían protegernos aquí.

–Pues como tengan el mismo éxito que en Irak estamos listos –masculló despectivamente Jeff Hamilton–. Alardean de ser «el mejor Ejército privado del mundo» y cuestan una fortuna, pero permitieron que se cargaran a media docena de nuestros mejores ingenieros en Bagdad.

–Houston no es Bagdad.

–Pues si desde Houston transformamos Bagdad en lo que ahora es, no debería extrañarnos que desde Bagdad intenten transformar Houston en un infierno. Al menos para los que aquí nos encontramos.

Peter Corkenham se volvió a Jeff Hamilton con el fin de rogar en un tono abiertamente conciliador:

–Veo que no te gustan, pero como sé que estás deseando hacer cosas por la empresa, y por lo visto tienes experiencia en el tema, te suplico que te ocupes de preparar un informe sobre los Blackwater lo antes posible.



Colorado, 2007

La soledad se había convertido en la casi inseparable compañera de Salka Embarek desde el instante en que un misil destruyó su casa aniquilando a su familia la noche en que comenzó la invasión de Irak, pero dicha soledad se transformó en desolación cuando tomó conciencia de que un cúmulo de absurdas decisiones la habían llevado a que se encontrara ahora sentada sobre un pequeño muro en el arcén de una autopista americana.

Viendo pasar ante sus ojos coches, motos y camiones no podía por menos que pasar revista a la ingente cantidad de errores que había cometido desde el momento en que se le ocurrió la absurda idea de que podía vengarse de quienes le habían arrebatado de una forma tan injusta y cruel cuanto tenía.

Sin darse cuenta había pasado de ser una de las tantas víctimas de una guerra injusta, a convertirse en una marioneta en manos de quienes aprovecharon su odio con fines que poco o nada tenían que ver con la desaparición de su familia.

Se veía obligada a reconocer que se había comportado como una estúpida dejándose llevar de aquí para allá por una pandilla de conspiradores sin escrúpulos, que supieron deslumbrarla con la falsa promesa de que iba a convertirse en una